

El amor como significación vacía: un amor por invención

SEBASTIÁN LLANEZA

Introducción

En el presente escrito me propongo abordar el fenómeno del amor y su articulación con la significación. Intentaré distinguir el amor neurótico, determinado por la significación absoluta del fantasma fundamental, del amor como significación vacía, tal como Jacques Lacan lo supo elucidar en el extremo final de su enseñanza. Con este fin, recorreré tanto las contribuciones freudianas a la psicología de la vida amorosa como así también algunas intervenciones que se desprenden de la denominada *última enseñanza de Jacques Lacan*.

De la Filosofía al Psicoanálisis

Como es sabido, el maestro francés comienza hablar del amor como significación en su seminario dedicado a la transferencia.

Para poder hacerlo apoya su discurso en el conocido banquete de Platón, más precisamente en el amor griego homosexual, donde distintos pensadores, alrededor de la figura de Sócrates, comparten una comida, una bebida, y una conversación. Cada uno de los invitados al simposio esperará su turno para poder transmitir su versión improvisada sobre el amor.

Ahora bien, es importante destacar que cuando Jacques Lacan presenta su lectura del banquete aún no cuenta, en su enseñanza, con la diferencia entre la sexuación masculina y la sexuación femenina. Sin embargo, nos da a entender que todo el discurso filosófico se haya organizado alrededor de un amor que no tiene en cuenta la diferencia entre los sexos. Pues, en la filosofía griega, no se hace referencia a un amor suplementario sino a un amor complementario. No se refieren a un amor que admita la diferencia de goces de cada uno de los partenaires, sino que, por el contrario, se alude a un amor que genera la ilusión de poder hacerse uno con el Otro, de hacer de dos, uno. Esto último es lo que se pone de manifiesto en el mito de Platón y Aristófanes, más conocido como el mito del Andrógino, donde seres circulares se presentan en búsqueda de su otra mitad, de su mitad perdida.

En su discurso, Aristófanes, nos define al amor como un *íntimo anhelo de restitución de una plenitud perdida, de reencuentro con un total*. Expone que, en la antigüedad, la humanidad se dividía en tres géneros: El masculino, el femenino y el andrógino. Los seres que pertenecían a esta última clasificación eran redondos, con cuatro brazos, cuatro piernas, dos caras en la cabeza, y con dos órganos genitales. Eran hombre y mujer al mismo tiempo. Pues en la lengua griega, Andros significa Hombre y Gino-Mujer. Ambos estaban unidos por el vientre y se caracterizaban por ser seres terribles. Tenían tanta fuerza que se sintieron suficientes para atentar contra los dioses. Por esto mismo, Zeus, el padre de los dioses, los castiga

partiéndolos por la mitad, siendo Apolo quien los cura dándoles la forma actual que tienen ambos sexos.

Ahora bien, es debido a esta mitología que Aristófanes considera que el amor es el afecto que, desde tiempos inmemorables, trata de unir ambas mitades, de manera que, cuando se encuentran, cada uno trata de fundirse con el otro y convertirse en un solo ser.

Como se podrá apreciar, el amor griego, entonces, se caracteriza por rechazar la diferencia sexuada, en tanto apunta a la unidad y a la mismidad. Sin embargo, en su lectura, Jacques Lacan insistirá que aún, en esta versión del amor, existe una disparidad que debemos subrayar.

En la tercera clase de su seminario dedicado a la transferencia, reconocerá que existe otro tipo de diferencia que, en el banquete, será introducida por medio de la intervención de Fedro. Me refiero a la distinción de posiciones asumidas en el amor. Es decir, la posición de *érasès*, lugar del amante, y la posición de *érôménos*, lugar del amado.

Como es sabido, Fedro reconoce que en la vida cotidiana existen distintos actos amorosos que, a su vez, pueden ser descriptos, enumerados, clasificados y hasta comparados. La pregunta que introduce, y que lo inquieta, apunta a localizar cuál, de todos estos, es el más valorado por los dioses. Y en la elaboración de su respuesta arriba a la conclusión de que el acto de mayor relevancia es aquel que demuestra una operación de sustitución. Es decir, una acción que da cuenta de un movimiento, que Jacques Lacan denominó *la significación del amor*, y que consiste en un cambio de posición, donde el sujeto que ocupaba el lugar del amante, ante una determinada coyuntura, pasará a ocupar el lugar del amado.

Jacques Lacan lo dice del siguiente modo: “La significación del amor se produce en la medida en que la función del *érasès*, del amante, como sujeto de la falta, se sustituye a la función del *érôménos*, el objeto amado-ocupa su lugar” (2011: 51).

Esta sustitución del amado por el amante, y del amante por el amado, es la que Jacques Lacan va a nombrar como metáfora del amor. A mi criterio, es el modo que ha encontrado para dar cuenta, en el banquete, de la inexistencia de la complementariedad.

Se trata de aquello que, según Fedro, nos enseña la mitología griega cuando nos describe el acto de Aquiles hacia Patroclo. Pues, en una primera instancia, Aquiles se presenta siendo el érôménos y Patroclo siendo el érastès.

Aquiles era el amado de Patroclo y cuando recibe la noticia de que este muere en manos de Héctor, en su desesperación, decide vengar su muerte enfrentando las consecuencias y los riesgos que este mismo acto podía contraerle. Con su acción de venganza, sale del lugar del amado y se asume en la posición del amante. Pasa de una posición pasiva a una posición activa produciéndose así la operación de sustitución, es decir, la metáfora del amor. Por esto mismo, en la perspectiva de Fedro, perspectiva de índole religiosa, los dioses consideran que la acción de Aquiles es un acto de amor superior.

Ahora bien, durante su primera enseñanza, Jacques Lacan le va a dar un lugar muy importante al amor teorizado por los filósofos. Si bien es un amor que rechaza la diferencia sexuada, el maestro francés no dejará de otorgarle importancia.

El giro fundamental se producirá con los desarrollos teóricos presentados en su seminario 20. Un seminario que lleva por título *Aun* (2006), que también se lo conoce con el título *Encore*, y que fue dictado en París durante los años 1972 y 1973. Según Jacques-Alain Miller es el seminario que inaugura la denominada *última enseñanza de Lacan*.

En este mismo contexto se presenta una versión del amor articulado al concepto de sexuación. Lacan expone una versión que articula la diferencia de goces. Nos enseña que tanto el hombre

como la mujer son habitados por lenguajes y goces diferentes, lo que tiene por consecuencia el malentendido entre los sexos. Pues hay una imposibilidad de hacerse Uno con el Otro, de hacer de dos uno, lo que le hace decir a Lacan que no hay relación sexual, que no hay posibilidad de que los sexos se complementen. Pues cada ser hablante tiene su propio modo de gozar.

Como es sabido, siempre que hablamos del deseo localizamos una articulación al Otro, pues el deseo es deseo del Otro, pero cuando hablamos del goce hacemos referencia al Uno. Así como el deseo es siempre deseo del Otro, el goce siempre será goce del Uno (Miller, 2003: 80- 81). El goce es aquello que no compartimos con el Otro, es lo que no hace comunidad, lo que no tenemos en común con el Otro. Por eso decimos que es lo más singular de cada ser hablante.

Cada *parlêtre* tiene su propio modo de gozar al que Jacques Lacan denominó el síntoma. Un síntoma que ya no se presenta como una representación sustitutiva (de otra representación que permanece reprimida en el inconsciente), un síntoma que ya no se presenta en su cara de mensaje (ocultando una verdad subjetiva a ser descifrada por medio de la interpretación psicoanalítica), sino un síntoma que se manifiesta en su cara libidinal, como una satisfacción. Pues, en su última enseñanza, Lacan acentúa la cara de goce del síntoma.

A mi criterio, se trata del goce que podemos circunscribir hacia el final del recorrido analítico. Pues un análisis parte de las insatisfacciones del deseo y finaliza, en el mejor de los casos, cuando el sujeto encuentra una satisfacción, más precisamente, cuando ha logrado un arreglo con su propio modo de gozar. Por esto mismo, en su *Seminario 24*, Lacan considera que un psicoanálisis no es otra cosa que *un sesgo práctico para sentirse mejor*, para sentirse mejor con su propio síntoma.

Ahora bien, este goce que encarna el síntoma es el goce del Uno. Lacan nos enseña que cada ser hablante habla con su propia lengua y goza con su propio cuerpo. Uno no goza con el Otro sino que el Otro es un medio para obtener un goce en el propio cuerpo (Llaneza, 2013). El Otro es un medio de goce. Por lo tanto, no hay posibilidad de que los sexos se complementen. Es lo que Lacan quiere decir cuando hace referencia al “No hay relación sexual”.

Por lo tanto, en la experiencia del amor, cada uno de los implicados se confrontará con una *disparidad* (Laurent: 2002), con un vacío, con el que tendrán que arreglárselas.

Debido a esto último, en los años 70, durante sus charlas en el hospital Sainte Anne, Jacques Lacan recuerda los versos de Antoine Tudal que ya había citado, 20 años antes, en su escrito inaugural titulado “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” (1988: 272). Versos que nos recuerdan que entre el hombre y la mujer hay un muro imposible de franquear.

Nos dice Lacan: “Entre el hombre y la mujer/ está el amor, entre el hombre y el amor/ hay un mundo, entre el hombre y el mundo/ hay un muro” (2012: 108).

En estos versos tan complejos, el muro representa, a mi criterio, el lugar de la castración que, en la relación entre un hombre y una mujer, está por todas partes. El muro es aquello que no se puede traspasar, que no se puede atravesar, y que funda la inexistencia de la relación sexual. Pues siempre hay un *entre*, ya sea el *entre* del amor, el del mundo o el del muro. Siempre hay algo que se escapa, que es imposible de escribir.

Lacan dice que más allá del muro tenemos lo real concebido como lo imposible de alcanzar. Por lo tanto, tenemos el muro y, más allá, lo real. Se trata de un real que, desde mi punto de vista, podemos matematizar de la siguiente manera: $S(\mathbb{A})$. Me refiero a la falta de significante en el Otro. Un matema que Lacan ubica del

lado derecho de las formulas de la sexuación y que da cuenta de que, en la batería de los significantes, hay ciertos elementos que están forcluidos para todo ser hablante. Se trata de la idea de una forclusión generalizada. Pues, para todo ser de lenguaje, no existe el significante de la relación sexual ni el significante de La mujer. Es lo que no se puede alcanzar.

Es importante tener en cuenta que, en este mismo contexto, Jacques Lacan realiza un juego de palabras entre el amor (*l'amour*) y el muro, lo que le hace decir (a)-muro (2012: 114). Esto mismo implica situar al objeto (a) como aquel elemento del circuito pulsional que genera obstáculo para el encuentro con el Otro sexo. Por lo tanto, por un lado tenemos al objeto (a), el muro, el a-muro y, por otro lado, lo que está más allá, es decir, lo real concebido como lo imposible de alcanzar S (A). Volveré más adelante sobre esta cuestión.

De las contribuciones freudianas a las formulas de la sexuación

Freud escribe sus contribuciones a la psicología del amor en el mismo momento en que se encuentra elaborando su primera conceptualización del aparato psíquico. Se trata de una serie de textos que, a mi criterio, tiene toda su seriedad. Pues para Lacan una serie era seria cuando contaba con más de dos intervenciones. Y en el caso de Freud es sabido que se cuenta con más de dos, más precisamente, con tres contribuciones.

La primera de estas hace su aparición en el año 1910. Se trata de un texto que lleva por título “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre” (1988: 155-168) y que está consagrado a la sexualidad masculina. Es importante destacar que, en el título

mismo de este escrito, se hace presente la categoría lógica de lo particular. Por lo tanto, Freud no se refiere al *para todos* sino al *para algunos*. No se refiere a la vida amorosa de todos los hombres sino a lo que sucede con algunos de ellos.

En este texto se presenta un tipo clínico en el que se ubican los hombres que aman y desean en un mismo objeto. Se trata de una elección amorosa que demuestra que el amor y el deseo se conjugan en un mismo objeto que puede ser tanto la mujer casada como la prostituta (Torres, 2012: 131). La condición particular es que sea de otro, que no sea toda para él. Pues el objeto tiene valor siempre y cuando sea el bien del otro. Se trata de lo que Sigmund Freud denominó la condición del tercero perjudicado.

En el caso de la mujer casada el perjudicado será el marido, y en el caso de la prostituta el perjudicado será su cliente.

Lo que incrementa el valor sexual del objeto es que, además de ser propiedad de otro, genere ciertas sospechas de que, a su vez, puede estar con otros hombres. De esta manera, el sujeto se asegura de no ser, él mismo, el propietario legítimo.

La segunda contribución hace su aparición dos años después, más precisamente en 1912, bajo el título *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa* (1988: 169- 183). Es un texto que también está dedicado a la sexualidad masculina. La diferencia, con la primera contribución, es que en este escrito no nos encontramos con la categoría lógica de lo particular sino con la categoría de lo universal, de lo general. Pues Freud se refiere al *para todos*. Nos dice que la condición de amor general, válida para ambos sexos, es la escisión del objeto. El sujeto tiene, delante de sí, dos valores diferentes del objeto que son la sobrestimación (amor) y la degradación (deseo). Aquí Freud nos habla de la disyunción entre el amor y el deseo. En el caso del hombre, el amor se haya dirigido a la mujer que ubica en el lugar de la madre idealizada, mientras que el deseo

se dirige a aquellas mujeres que, por no merecer dicho respeto, por ser desvalorizadas, se las ubica en el lugar de la puta degradada.

Por lo tanto, en esta contribución, Freud nos presenta la clínica de los hombres que no pueden extraer una ganancia de placer en las relaciones sexuales con la persona amada. Son hombres que si aman a una mujer, no pueden desearla, y que si la desean, no pueden amarla. Hay disyunción entre el amor y el deseo.

En la primera contribución, Freud nos ofrece la conjunción entre la significación de la madre y la significación de la puta. Pueden amar y desear a un mismo objeto. Mientras que en la segunda contribución nos presenta una disyunción entre la significación de la madre y la significación de la puta. Por lo tanto, aman a una, pero desean a otras.

Ahora bien, en el caso de una mujer, ambos valores, la sobrestimación y la degradación, pueden converger en un mismo objeto. Puede amar y desear en un mismo objeto. Lo que tiene por consecuencia, el poder engañar a un hombre con el mismo hombre.

Por último, la tercera contribución hace su aparición unos años más tarde, más precisamente en 1917, llevando por título *El tabú de la virginidad* (1998: 185- 203).

Jacques-Alain Miller ha establecido que si bien esta tercera contribución está consagrada a la sexualidad femenina no deja de presentar consecuencias notables sobre la sexualidad masculina. En su lectura del texto freudiano ha podido extraer una serie de interrogantes que aluden a ambas posiciones sexuadas. Me refiero a los siguientes: ¿Por qué los hombres le tienen miedo a las mujeres? ¿Por qué las tratan mal? Y ¿Por qué las mujeres les tienen bronca y no precisamente porque las traten mal? (2011: 63) La respuesta es la siguiente: Si él tiene dificultades para acercarse a ella y ella tiene dificultades para soportarlo a él, se debe a que la mujer es tabú. Es una respuesta que encontramos en la misma obra de Freud: *la mujer es tabú*. (Freud, 1998: 194).

Se trata de un tabú compartido por ambos sexos en tanto lo femenino es lo Otro por excelencia. Es lo extranjero, lo incomprendible, lo ajeno y lo hostil. Es aquello de lo que nada se puede decir, en tanto alude a la falta de significante en el Otro S (\bar{A}), y que Jacques Lacan, siguiendo a los griegos, denominó lo *Hétero* (Lacan, 2012).

Por lo tanto, el tabú de la virginidad puede ser entendido como el tabú a lo femenino, como el horror a ese vacío que se presentifica en cada encuentro entre un hombre y una mujer.

Por esto mismo, Mónica Torres (2012: 134), considera que de las tres contribuciones freudianas, *El tabú de la virginidad* (1998: 185- 203) es la más lacaniana. Pues, en este texto, la castración no se presenta asociada al Edipo sino a la relación entre los sexos.

Freud no nos habla aquí de madres y de putas, como lo había hecho en las anteriores contribuciones, sino de hombres y mujeres. Y como es sabido, todo encuentro entre un hombre y una mujer está marcado por la castración. Lo que hace pensar que en todo encuentro siempre habrá un desencuentro, que siempre habrá una distancia entre el objeto esperado y el objeto encontrado.

Es importante destacar que, en la elaboración de esta serie, Freud aún no cuenta con la problemática del falo como organizador de las posiciones sexuadas. Dicha teoría hará su aparición después del giro del 20', justamente en 1923, cuando se publique el conocido texto titulado *Organización genital infantil* (1998: 141- 149). Por lo tanto, es Jacques Lacan quien, desde la teoría del falo, realizará una lectura retroactiva de las contribuciones freudianas.

Lacan lee al primer Freud desde el último y nos hace saber sus interpretaciones en un escrito, perteneciente a su enseñanza clásica, que se ha dado a conocer con el título *La significación del falo* (2002: 665- 675). Un artículo que, en términos de Jacques-Alain Miller, puede ser considerado una *cuarta contribución* (1991: 25)

en tanto reescribe la psicología freudiana teniendo en cuenta la castración. Se trata de una contribución, que procede por retroacción, donde Lacan nos presenta al falo como un algoritmo, como un significante de la falta, que permite, según la relación que el sujeto tenga con dicho significante, asumir una posición sexuada. De esta manera, Lacan nos presenta el siguiente binomio: Ser el falo (posición femenina) o tener el falo (posición masculina). A través de estos dos términos, que provienen de la Filosofía existencialista de Gabriel Marcel (2008: 11), Jacques Lacan organiza las posiciones sexuadas. Para Freud se trataba de tener o no tener el falo, y para Lacan se tratará de serlo, a condición de no tenerlo, o de tenerlo, a condición de no serlo.

Pero, es importante aclararlo, en su lectura, apela a las máscaras de las comedias. Pues se trata de pareceres, de semblantes. En realidad, al falo, nadie lo tiene ni lo es. Lacan demuestra cómo el parecer sustituye al tener proyectando, en cada uno de los sexos, modalidades del hacer. Por ejemplo: del lado masculino, lugar del propietario, el varón protegerá su tener, no querrá perderlo, y del otro lado, del lado femenino, se enmascarará la falta en tener. Lacan nos habla de un teatro de máscaras que desliza a la vida amorosa completamente en el malentendido.

Pues, como es sabido, amar implica transmitir un signo de falta, implica dar lo que no se tiene.

Ella, para sentirse amada, necesita de la transmisión de ciertos signos que den cuenta de que, efectivamente, ocupa un lugar en la falta del Otro. Pero... si un hombre está aferrado en el *tener*, va a mostrar serias dificultades para poder transmitirlo. Entonces, entre una mujer que, constantemente, necesita pruebas de amor, y un hombre que no pueda dar ninguna, habrá problemas.

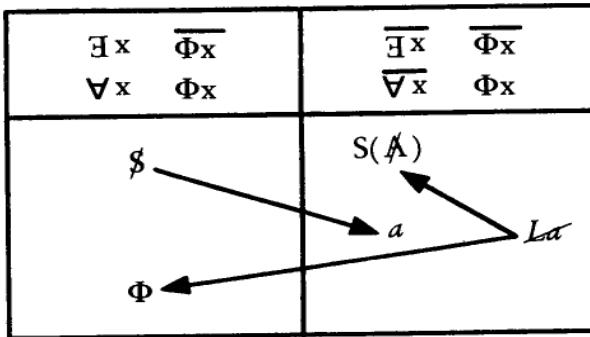
Ahora bien, en las mencionadas contribuciones, se nos enseña que las elecciones amorosas se hayan determinadas por lo que

Freud denominó *condiciones de amor* y que Jacques Lacan tradujo en términos de causa de deseo. Las elecciones de objeto se hayan condicionadas por ciertas fijaciones de goce, acontecidas en la infancia, que tienen por prototipo tanto a la figura de la madre como a la figura del padre. Se trata de una *matriz*, (1988: 204- 215) de un *cliché* (1995: 93- 105), desde donde el sujeto realiza su elección. Pues, para Freud, la elección, tanto en hombres como en mujeres, se hace en dos tiempos. Se trata de una elección bifásica. Hay una primera y una segunda.

La elección primaria se hace en la familia, y sobre ella recae una prohibición que tiene por consecuencia la pérdida del objeto de amor. Por esto mismo, es necesario realizar una segunda, donde el objeto elegido vendrá al lugar del objeto perdido, dando cuenta de que toda elección de objeto es una repetición de la elección primordial. De esta manera, el amor freudiano responde a un automatismo de repetición. Se trata de un amor que no se puede despegar de su primer amor. Freud nos enseña que detrás de un nuevo amor siempre se esconde un viejo amor. Es por esto que Miller (2011: 67) dice que el amor freudiano no se caracteriza por la contingencia, y los azares del encuentro, sino por la potencia del automaton.

El amor freudiano es un amor por repetición cuyo destino se haya determinado por una matriz ($\$ \diamond a$) que Jacques Lacan denominó *fantasma fundamental*. Por lo tanto, es un amor fantasmático. Es un amor determinado por una fijación de goce que, a su vez, responde a ciertas constelaciones significantes y a un modo particular de vivir la pulsión. Por lo tanto, se ama según como se goza, se ama según la fijación de goce, lo que da por resultado un amor fijo, limitado por el marco del fantasma. Es lo que se pone de manifiesto en la vida amorosa de los seres hablantes, sobre todo en la clínica masculina.

Por ejemplo: a un hombre no le viene bien cualquier mujer. Es sabido que para elegirla deberá pasar por extraordinarias contorsiones significantes que, a su vez, dan cuenta de la imposibilidad de acceder a la mujer como tal. No puede acceder a una mujer en tanto tal porque La Mujer, al igual que la relación sexual, no existe. Freud mismo nos ha enseñado que no existe en el inconsciente el significante de la mujer. Solo existe un significante para ambos sexos y es el falo. Por lo tanto, el hombre solo la reconocerá a través de sus condiciones significantes, es decir, la hará existir por medio de su fantasma. Me refiero, más precisamente, a lo que Jacques Lacan nos presenta en las formulas de la sexuación.



El lector recordará que el lado izquierdo de las formulas se corresponde con el lado masculino y que el lado derecho se corresponde con el femenino.

Ahora bien, en el lado izquierdo nos encontramos con el cuantificador de la excepción: *existe una x para la cual no se cumple la función fálica*, que da lugar al cuantificador del para todos, al universal. Esa función de la excepción paterna es encarnada por el padre de la horda, que es el único que puede gozar de todas las

mujeres en el mito de Tótem y tabú. La consecuencia de esta función será la constitución de lo universal: *para toda x se cumple la función fálica*, en tanto los hijos están sometidos a la castración ya que no pueden acceder a las mujeres de la horda. Por lo tanto, la función de la excepción es necesaria para la constitución del conjunto masculino. Sin la excepción no hay el todo. El todo incluye la excepción.

Abajo, del mismo lado, Lacan ubica al sujeto y al falo. Y del término sujeto traza una flecha que, yendo del lado izquierdo hacia el lado derecho, se dirige al “objeto a ”. Por lo tanto, encontramos aquí la fórmula del fantasma ($\$ \diamond a$).

Todos los elementos ubicados en el lado izquierdo pertenecen al registro de lo simbólico. Pero el a , que Lacan ubica del lado derecho, pertenece a otro registro. No es lo real en sí mismo sino un real producto de la operación simbólica sobre los goces primitivos. El objeto a es un falso real, es un resto de la metáfora paterna que no se logra simbolizar.

Cuando Lacan traza una flecha que va desde el sujeto hasta el objeto a , demuestra el modo en que se aborda lo femenino desde el lado masculino. Desde el lado fálico se aborda al Otro sexo reduciendo lo real al objeto a . Por lo tanto, el fantasma es un abordaje simbólico de lo real que tiene por consecuencia la maldición de lo femenino. El fantasma mal dice lo femenino en tanto hace existir lo que no existe: La mujer y la relación sexual. Podríamos decir que, por medio de su fantasma, hace existir un andrógino, es decir, lo que no existe.

Por esto mismo, en su *Seminario 20* (2006: 79- 108), Lacan dirá que el hombre cree abordar a una mujer cuando, en realidad, aborda al objeto de su fantasma. Lo que recorta del lado femenino es un objeto, que hace que su condición de amor sea fetichista. Ahora bien, si continuamos con el lado derecho, que es el lado femenino, podemos decir que su punto de partida es la inexistencia de la ex-

cepción. No hay ningún significante que se distinga de los demás, no hay ningún significante de lo femenino. Por lo tanto, no se puede armar el conjunto, no se puede cerrar el conjunto de las mujeres. De modo que, de este lado, no se llega a la categoría de lo universal.

Si no hay excepción, tampoco hay el todo, y la consecuencia es el no-todo. Por esto mismo, Lacan puede decir que, siendo x mujer, *para no toda x se cumple la función fálica, aunque no exista ninguna para quien no se cumpla esta función.*

Esto último es una aparente contradicción que se nos aclara si prestamos atención a la parte inferior, del lado derecho, de las formulas de la sexuación.

Aquí encontramos a lo femenino en el *La tachada* con sus dos flechas. Una flecha que se dirige al falo, y otra que se dirige a la falta de significante en el Otro. Lo que significa que una parte de la mujer se va a relacionar con el falo, y otra parte con la falta de significante en el Otro $S(\mathbb{A})$, con esa ausencia, con ese vacío, con ese goce ilimitado que es, especialmente, femenino.

Ella va a estar no-toda en el goce fálico porque, a su vez, va a tener una relación con ese vacío.

Ahora bien, en el *Seminario 20*, Lacan dice que cuando una mujer es histérica va a estar ubicada del lado izquierdo de las formulas. Por lo tanto, va a estar sostenida en una identificación viril, va a hacer de hombre. Y, al igual que el hombre, abordará su propia feminidad de una manera fantasmática.

La mujer histérica se ubica del lado masculino y abordará su propia feminidad a través de la Otra mujer. Se pregunta por lo femenino, por ¿qué es una mujer?, en la medida en que no está ubicada en una posición femenina. Como es sabido, ese lugar, para la histérica, será ocupado por la Otra que encarne el misterio de la feminidad.

Se trata de lo que Lacan ya nos había transmitido en su seminario dedicado a la psicosis, donde se presenta a la clínica de la

histeria en función de la pregunta que se abre sobre lo femenino. Nos dice: “Volverse mujer y preguntarse qué es una mujer son dos cosas esencialmente diferentes... aún más, se pregunta por qué no se llega a serlo y, hasta cierto punto, preguntarse es lo contrario de llegar a serlo” (Lacan, 2007: 254).

Debido a lo explicitado hasta aquí, podemos afirmar que los neuróticos, tanto hombres como mujeres, histéricos como obsesivos, pueden responder a la falta de significante en el Otro desde su propio fantasma, pueden responder a lo real desde su propio (a)-muro, reduciendo el vacío, que lo femenino presentifica, a una versión pulsional (versión de goce). Por ejemplo: hacerse pegar, hacerse cagar, hacerse chupar, o “no hacerse pagar las cuentas”, tal como se demuestra en uno de los casos clínicos conducidos por Jacques-Alain Miller.

Me refiero al caso de una mujer que, desde su nacimiento, sufre el abandono de su padre.

Si bien cuenta con un sustituto, un padrastro que ejerce la función paterna, ella decide, precozmente, asumir el abandono primordial, construyendo la siguiente versión de goce: *nadie pagará por mí*.

De esta manera, se las arregla sola, va errante por la vida, sin necesidad de nadie.

En un determinado momento, conoce a un hombre y forma pareja. El hombre que encuentra, y que elige como partenaire, se caracteriza por no querer pagar por una mujer. Ambos se aman, se entienden, tienen hijos, y basan la pareja en un contrato que consiste en que ninguno de los dos pagará por el otro.

Cuando ella comienza a analizarse, nace el deseo de que el otro pague por ella. Pues un sueño de repetición reproduce una tienda de su infancia, que la lleva a recordar que de niña, cuando se dirigía al negocio que estaba ubicado debajo de su casa, se decía a sí misma: Papá pagará.

A partir de este momento, comienza a desear que su hombre, el padre de sus hijos, pague por ella. Pero lo que se revela es que su pareja no piensa renunciar al contrato de partida.

Ella comienza a presentarles las facturas de los impuestos, la del gas, la de la luz, y le exige que las pague. El día que le entrega una factura de más, su muchacho no lo tolera y aún, teniendo 20 años de pareja, decide separarse. El mismo le reclama el divorcio, le pide la separación civil no sin antes haber advertido a la empresa de gas, de su localidad, que no le envíen una factura más en su vida. Como se podrá apreciar, el análisis alcanzó a elucidar de que manera el sujeto había elegido un partenaire en conveniencia con su fantasma: ningún hombre pagará por mí, *necesidad de nadie* (2005: 417- 418).

El fantasma, su significación absoluta, en hombres y mujeres

Cuando hablamos de la significación absoluta, del fantasma fundamental, hacemos referencia a una axiomática que fija al sujeto a un determinado lugar. Se trata de una frase, de una gramática, que produce una significación, de la cual el sujeto extrae una paradójica satisfacción.

Para poder elucidarlo, tomaré en consideración la distinción entre lo absoluto y lo relativo.

Como es sabido, en su enseñanza clásica, Jacques Lacan nos transmitió que el sentido de un significante proviene de su articulación con otro significante. Me refiero, precisamente, a lo que se pone de manifiesto en la estructura del discurso del amo:

S1 S2

s

Como se podrá apreciar, el valor de (s) depende fundamentalmente de S2. Y en la medida en que este S2 sea desplazable, todo lo que se dice va a ser modificado por lo que viene después. Es decir que, en la medida en que el S2 se desplace hacia otros significantes, la significación va a ser relativa. El sentido se modificará al articular nuevos S2. Por ejemplo: Mi perro, mi perro come, mi perro come productos (Llaneza, 2012: 132). A medida que agrego nuevos significantes, la significación se relativiza.

Podemos apreciar de qué manera el sentido se vuelve relativo debido al desplazamiento del S2. Ahora bien, esta estructura sufre modificaciones si introducimos el objeto a.

El *objeto a* fija al S2 produciendo un sentido fijo. Hace que el S2 se inscriba, de una vez por todas, y ya no se desplace. Jacques-Alain Miller lo llama un S2 fundamental (2010: 215), no desplazable.

Si el sentido se vuelve fijo, esto quiere decir que la significación ya no es relativa sino absoluta. Y es importante registrar que Jacques Lacan articuló el fantasma a esta misma estructura.

Para que la fórmula del fantasma se constituya es necesario que, en la estructuración subjetiva, el sujeto en cuestión se confronte con S (\emptyset), es decir, con la falta de significante en el Otro, un matema que también puede ser leído como *deseo del Otro* (Schejtman: 285). Se trata de la pregunta que Lacan formula, en ocasiones, como un *Che vuoi?* (2002: 795), como un ¿qué me quieres?, como un ¿qué soy para el deseo del Otro?

Ahora bien, la respuesta que el sujeto se da, ante la pregunta por el deseo del Otro, es lo que vamos a llamar interpretación fantasmática. Se trata de una respuesta que, según Miller, genera una *identificación conmigo mismo* (2011: 252), una identificación con lo que soy como objeto para el deseo del Otro: $\$ \diamond a$, y que podríamos ubicar más cerca de lo real.

Con esto quiero decir que el sujeto está fijado a una significación ($\$ \diamond a$) de lo que es como resto para el deseo del Otro. Un goce-sentido que lo condiciona a la neurosis y a la repetición. Pues dicha significación va a determinar todos los sentidos de su existencia.

Ahora bien, cuando un hombre queda flechado por una mujer, él ubica en ella ese objeto que le es propio y con el cual está identificado. Por lo tanto, el fantasma de un hombre se pone en evidencia en el momento del *enamoramiento* (Miller). Ese objeto que lo causa se presenta localizado en el campo del Otro pero, en realidad, le pertenece. Es extimo. Pues lo que localiza en el campo exterior forma parte de su propia intimidad. Es íntimo y externo a la vez. Por lo tanto, un hombre se siente atraído por una mujer cuando ella tiene algo que es de él, cuando ella le recuerda su propio objeto de goce.

Esto último, en un hombre, es indispensable para desencadenar el delirio amoroso. Lo que significa que, por su condición fetichista, el objeto tiene que estar presente.

Esto mismo es más flexible en una mujer. Pues, como lo supo transmitir Lacan, su condición es más erotómana que fetichista. Si bien es cierto que puede elegir a una pareja por un rasgo que le haga recordar a su padre o a su madre, a su hermano o a su hermana, su condición es más erotómana: ella quiere ser amada. Y, a veces, el interés que un hombre manifiesta por ella, ya basta para aceptar su consentimiento.

Esto se debe a que una mujer no está toda en el goce fálico. Además de dirigirse al falo, para extraer su plus de gozar, también se dirige a la falta de significante en el Otro S (\bar{A}), lo que permite entender el *hacer locuras* de las mujeres.

Jacques-Alain Miller (1998) ha dicho que, así como el hombre puede ser considerado un bruto, la mujer puede ser considerada una loca. Incluso... una loca de amor. Pues, por esta relación a la

falta de significante en el Otro, la mujer puede hacer del hombre un dios o, también, volverlo loco. O lo ubica como un dios, al que ama incondicionalmente y le entrega todo, o lo vuelve loco, con sus ilimitadas demandas de amor, pidiéndole todo.

Incluso, por esta relación con el significante faltante, puede convertirse en el Otro del hombre. Es decir, puede convertirse en su súper yo. El sujeto femenino es capaz de encarnar el imperativo del súper yo. Es la que dice: *¡Goza!, ¡Trabaja y trae el sustento de la familia!*, como así también *¡Goza, pero solo de mi!* (2005: 419). De allí la pasión por ser la única.

Si bien, en una mujer, la presencia del fantasma no es tan notoria en el momento de enamoramiento, sí se evidencia en el momento del goce. Pues una mujer no puede obtener el orgasmo si, en el momento del acto, no se imagina siendo golpeada, violada, o siendo otra mujer. O, como diría Miller, estando ausente, estando en otra parte.

Del amor como repetición al amor como significación vacía

En su seminario, titulado *Lógica de la vida amorosa* (1991), Jacques-Alain Miller propone diferenciar el amor freudiano del amor lacaniano.

Al primero lo describe como un amor por repetición, mientras que al segundo lo define como un amor por invención.

Como lo he aclarado más arriba, el amor freudiano es aquel que se haya determinado por la lógica del fantasma. Pues se trata de un amor que se dirige al objeto que fui para el deseo del Otro. Por lo tanto, es un amor a lo mismo, a lo familiar, alienado al campo del Otro.

Este amor es engañoso. Es sabido que, en su atracción, el enamorado considera que el objeto con el que se encontró es aquel que perdió por castración. Tiene la idea de que, por medio del amor, reencontró a su objeto perdido y, por lo tanto, se sostiene en la ilusión de poder hacerse uno con el Otro. Este es el engaño del amor neurótico en tanto apuesta a la unidad, al todo. Por eso mismo, se lo puede ubicar del lado macho de las formulas de la sexuación. Pues, en su relación con el objeto, el sujeto apunta al complemento, rechazando la otredad y el vacío que lo femenino presentifica. De allí que el maestro francés lo denomine un *amor hommosexual* (Lacan, 2006: 102- 103).

En este punto quizás sea necesario aclarar que el término *hommosexual*, utilizado por Lacan en su seminario 20, contiene una doble *m*. Por lo tanto, no se refiere al término griego *Homo*, que denota igualdad, sino que se refiere a hombre, que en francés se escribe con doble *m*, *homme*.

Con esto quiero decir que el amor hommosexual es el amor masculino. Y se debe considerar que, en términos generales, los sujetos neuróticos, tanto hombres como mujeres, obsesivos como histéricos, aman bajo esta modalidad.

Ahora bien, Jacques Lacan ha dicho, en alguna oportunidad, que el psicoanálisis no ha sido capaz de crear una nueva perversión. Sin embargo, ha considerado que, al final de un análisis, el sujeto puede inventar un nuevo modo de amar.

Siguiendo a Rimbaud nos habla de un *nuevo amor*, de un amor sin los límites del fantasma, de un amor inédito, e incluso, de un amor como significación vacía.

En el año 1976, en el marco de su *Seminario 24*, titulado *L'insu que sait de l'une-bévue s'aile mourre* (inédito), traducido por Mónica Torres como el *Fracaso del inconsciente, amor al síntoma* (2008: 154), Jacques Lacan nos habla de un amor como significación vacía.

A mi criterio, se trata de una frase que merece ser interpretada como el modo de vivir el amor al final de un análisis. Pues, desde mi punto de vista, se trata de un amor vaciado del objeto, como así también, vaciado de las ficciones determinadas por la significación absoluta del fantasma fundamental.

Este amor inédito ya no se caracteriza por la alienación al Otro y al objeto, ya no se encuentra determinado por el inconsciente (S1-S2), sino que testimonia de su separación.

Cuando un psicoanálisis logra reducir los sentidos determinados por la significación absoluta del fantasma fundamental, permite, a su vez, hacer fracasar el destino del inconsciente.

Dicho fracaso testimonia del corte, de la separación, entre S1 y S2. Y si el sujeto consciente a dicha separación, no solo tomará distancia del *saber fundamental* de su fantasma (S2) sino que, también, podrá sujetarse a su (S1), es decir, a su propio modo de gozar, a lo que no es compartido por el Otro, a lo que no hace pareja. Por lo tanto, el amor como significación vacía, es un amor que admite en actos la inexistente relación sexual. Es un amor que da lugar a la falta de significante en el Otro S (\bar{A}). Por lo tanto, no es engañoso, no supone que exista un objeto, o un Otro, que pueda llenar ese vacío.

Si el amor freudiano es repetición, el amor lacaniano es invención. Pues, ante la presencia del vacío, implica la invención de una respuesta por fuera de la significación. La invención implica un saber hacer con lo que me separa del otro. Y es importante tener en cuenta que el saber hacer con el S1, el saber hacer con el propio goce, es diferente a interpretar. Como es sabido, en las neurosis, la separación se interpreta. Ante la distancia del partenaire, el sujeto responde significándose abandonado, maltratado, humillado o engañado. Son todas respuestas que lo alienan al Otro, que lo alienan a la pregunta ¿qué soy para el Otro?

En cambio, el amor por invención es sin Otro, es un amor a lo que me separa del otro.

Por lo tanto, podemos arribar a la siguiente conclusión: si el amor freudiano es alienación, el amor lacaniano es separación y apertura. Pues, tras el atravesamiento del fantasma, el sujeto se encontrará menos acorralado por el inconsciente, que lo condicionaba en su repetición, y más abierto a la contingencia de los encuentros.

Bibliografía

- Freud, S. (1988). “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre”. En *Obras completas. Tomo XI* (pp. 155- 168). Editorial Amorrortu.
- (1988). “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa”. En *Obras completas. Tomo XI* (pp. 169- 183). Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- (1990). “La organización genital infantil”. En *Obras completas. Tomo XIX* (pp. 141- 149). Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- (1995). “Sobre la dinámica de la transferencia” (1912). E: *Obras completas. Tomo XII* (pp. 93- 105). Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- (1998). “El tabú de la virginidad”. En *Obras completas. Tomo XI* (pp.185- 203). Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Lacan, J. “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”. En: *Escritos I* (pp. 227- 310). Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
- (1988). “Intervención sobre la transferencia”. En *Escritos I* (pp. 204- 215). Editorial Siglo XXI.
- (2002). “La significación del falo”. En *Escritos II* (pp. 665- 675). Editorial Siglo XXI.

- Lacan, J. (2002). “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano” (pp. 773- 807). *Escritos II*. Editorial Siglo XXI. Pág. 795.
- (2006). *El seminario, Libro 20: Aun*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- (2006). “Dios y el goce de La mujer”. En *El seminario, Libro 20: Aun* (pp. 79- 93). Buenos Aires: Paidós.
- (2006). “Una carta de almor”. En *El Seminario, Libro 20: Aun* (pp. 95- 108). Buenos Aires: Paidós.
- (2007). *El Seminario, Libro 3: Las Psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- (2011). *El seminario, Libro 8: La transferencia*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- (2012). *Hablo a las paredes*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Laurent, E. (2002). *Los objetos de la pasión*. Buenos Aires: Editorial Tres Haches.
- Llaneza, S. (2012). “Fantasma fundamental: Su significación absoluta”. En *4 Más Uno, Hacer con la locura* (1) 131- 140. La Plata: Editorial Edulp.
- (2013, 4 de julio). “Antecedentes Lacanianos de la no relación sexual”. En *Clase dictada en la Facultad de Periodismo, Universidad Nacional de La Plata*. Cátedra Libre Jacques Lacan.
- Miller, J.-A. y Laurent, E. (2005). “El partenaire síntoma”. En *El Otro que no existe y sus comités de ética* (p. 417- 419). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Miller, J. A. (1991). *Lógica de la vida amorosa*. Buenos Aires: Editorial Manantial.
- (1998). *El hueso de un análisis*. Buenos Aires: Editorial Tres Haches.
- (2003). “La última enseñanza de Lacan”. En *Lo real y el sentido* (pp. 80- 81). Buenos Aires: Colección Diva.

- Miller, J. A. (2008). “Iluminaciones Profanas”. En *Revista Lacaniana* (7). Buenos Aires: EOL- Grama.
- (2010). *Los divinos detalles*. Buenos Aires: Paidós.
- (2011). *El banquete de los analistas*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- “Amamos a aquel que responde a nuestra pregunta: ¿Quién soy yo?” En: *Revista Registro. Tomo blanco. Amor y Psicoanálisis* (p. 15).
- Schejtman, F. “Histeria y Otro goce”. En Mazzuca, R; Godoy, C. y Schejtman, F. *Cizalla del cuerpo y el alma. La neurosis de Freud a Lacan* (p. 285). Buenos Aires: Editorial Berggasse 19.
- Torres, M. (2008). *Fracaso del inconsciente, amor al síntoma*. Buenos Aires: Editorial Grama.
- (2012). “Soluciones masculinas”. En *Amor, deseo y goce. Cada uno encuentra su solución* (p. 131). Buenos Aires: Editorial Grama.